

Un hogar no es una casa

Reynier Banham

ilustrado por François Dallegret



Cuando se piensa que una casa contiene un complejo tal de cañerías, conductos, tuberías, cables, luces, tomas, desagüaderos, hornos, sumideros, dispositivos para la basura, reverberadores de alta fidelidad, conductores, congeladores, calefactores, en suma, tal cantidad de servicios que la estructura metálica de éstos podría llegar a sostenerse por sí misma sin ninguna ayuda por parte de la casa, uno llega a preguntarse qué razón existe para que una casa contenga toda esta armazón. Cuando el costo de dicho equipo representa la mitad (o aún más) del costo total de la casa, ¿qué función cumple ésta sino la de esconder las partes íntimas (mecánicas, claro está) para salvaguardarlas de los mirones que pasan por la vereda? Recientemente, y en más de una oportunidad, se ha dado el caso de edificios que produjeron en el público una genuina confusión por el hecho de no poder diferenciar los servicios mecánicos de la parte estructural. Muchos de los visitantes de los laboratorios realizados por Louis Kahn en Filadelfia necesitan un tiempo para llegar a comprender que los pisos del edificio torre no están sostenidos en realidad por las cajas laterales de ladrillos (que envuelven los conductos), sino por una estructura independiente. Y cuando por fin llegan a esta conclusión, se sienten inclinados a preguntarse si realmente valía la pena tomarse el trabajo de dotar a los laboratorios de esa estructura independiente.

Sin lugar a dudas, buena parte de la atracción que ejerce este edificio se basa en el propósito de Kahn de exhibir el despliegue de los servicios mecánicos; si, en última instancia, fracasa en hacerlo de manera convincente, subsiste de todos modos la importancia psicológica del gesto, al menos a los ojos de sus colegas arquitectos. Los servicios mecánicos constituyen un tópico frente al cual la práctica arquitectónica ha fluctuado caprichosamente entre la audacia y el pecado. Existió por ejemplo el período de la 'verdad de los materiales', en el cual todos los cielorrasos eran una mezcla de entrañas alegremente pintadas, como en las cámaras del consejo del edificio de las Naciones Unidas, y también existieron períodos de pudicia en los que aún los más inocentes detalles anatómicos fueron apresuradamente velados por medio de un cielorraso suspendido.

Básicamente existen dos razones para todas estas 'corrientes de aire frío y caliente' (si es que se nos permite emplear este viejo juego de palabras usado en la jerga del aire acondicionado). La primera razón consiste en que los servicios mecánicos son demasiado recientes como para haber sido absorbidos por la proverbial sabiduría de la profesión; ninguno de los grandes slogans: 'la forma sigue a la función', 'accusez la structure', 'sólido, cómodo, agradable', 'confianza en los materiales'. 'Wenug ist Mehr' (menos es más) resulta de mucha utilidad para hacer frente a la invasión mecánica. Lo que más se le aproxima, en un sentido significativamente negativo, es la frase de Le Corbusier: 'Pour Ledoux, c'était facile: pas de tubes', que parece estar ganando terreno como expresión de una profunda nostalgia por la edad de oro anterior al establecimiento de los sistemas de cañerías.

La segunda razón consiste en que la invasión mecánica es un hecho, y los arquitectos —especialmente los arquitectos norteamericanos— sienten que constituye una amenaza cultural a la posición que ocupan en el mundo. Por cierto que los arquitectos norteamericanos tienen razón en sentirse así, ya que su especialidad profesional —el arte de crear espacios monumentales— nunca se ha consolidado en forma definitiva en el continente europeo. Por otra parte, dicha especialidad es en cierto modo un trasplante de la vieja cultura, y los arquitectos norteamericanos se vuelven constantemente hacia los orígenes de esa cultura. La generación de Stanford White y de Louis Sullivan se sentía inclinada a comportarse como 'emigré' de Francia; a Frank Lloyd Wright le agradaba cobijarse bajo ciertos teutonicismos sentimentales como el del 'Lieber Meister'; de todos modos, los muchachos de los años treinta y cuarenta provenían de Aachen y Berlín, mientras que los pioneros de los años cincuenta y sesenta son hombres de cultura internacional como Charles Eames y Philip Johnson, y en muchos aspectos así son también los hombres de hoy en día como Myron Goldsmith.

Pero, entregados a sus propios designios, los norteamericanos no monumentalizan ni hacen arquitectura; desde el 'cottage' de Cape Cod y las estructuras de madera hasta la perfección de los muros de aluminio plegado disimulados con estampados de madera, los norteamericanos han tendido siempre a construir una chimenea de ladrillos y a apoyar contra ella un conjunto de casuchas. Cuando Groff Conklin escribió (en 'La casa con clima acondicionado') que 'una casa no es sino una cáscara hueca... lo mismo que cualquier estructura dentro de la cual el ser humano vive y trabaja. Y la mayoría de las cáscaras, en la naturaleza, son barreras sumamente ineficaces contra el frío y el calor...', estaba expresando un punto de vista típicamente norteamericano, respaldado por una larga tradición de origen popular.

Y el hecho de que, precisamente, esa tradición concuerda con Conklin en cuanto a que la caparazón hueca es una barrera ineficaz contra el calor, explica porqué los norteamericanos siempre estuvieron mejor preparados que ningún otro pueblo para suministrar calor, luz y energía a sus viviendas. El espacio monumental de los Estados Unidos está constituido por los grandes exteriores —el porche, la terraza, las planicies de Whitman marcadas por los ferrocarriles, las rutas de Kerouac y, en la actualidad, por el Gran Allá Arriba. Aun dentro de la casa, los norteamericanos aprendieron rápidamente a prescindir de las d'visiones y tabiques que los europeos necesitan para conservar el espacio dentro de ciertos límites y con determinadas características arquitectónicas, y ya mucho antes de que Wright cometiera el desatino de arrasar con las paredes que subdividían a una arquitectura plena de urbanidad en living-room, sala de juegos, sala de armas, etc., los humildes norteamericanos se habían ido deslizado hacia una forma de vida adaptada a los interiores informalmente planificados que eran, en efecto, grandes espacios unitarios.



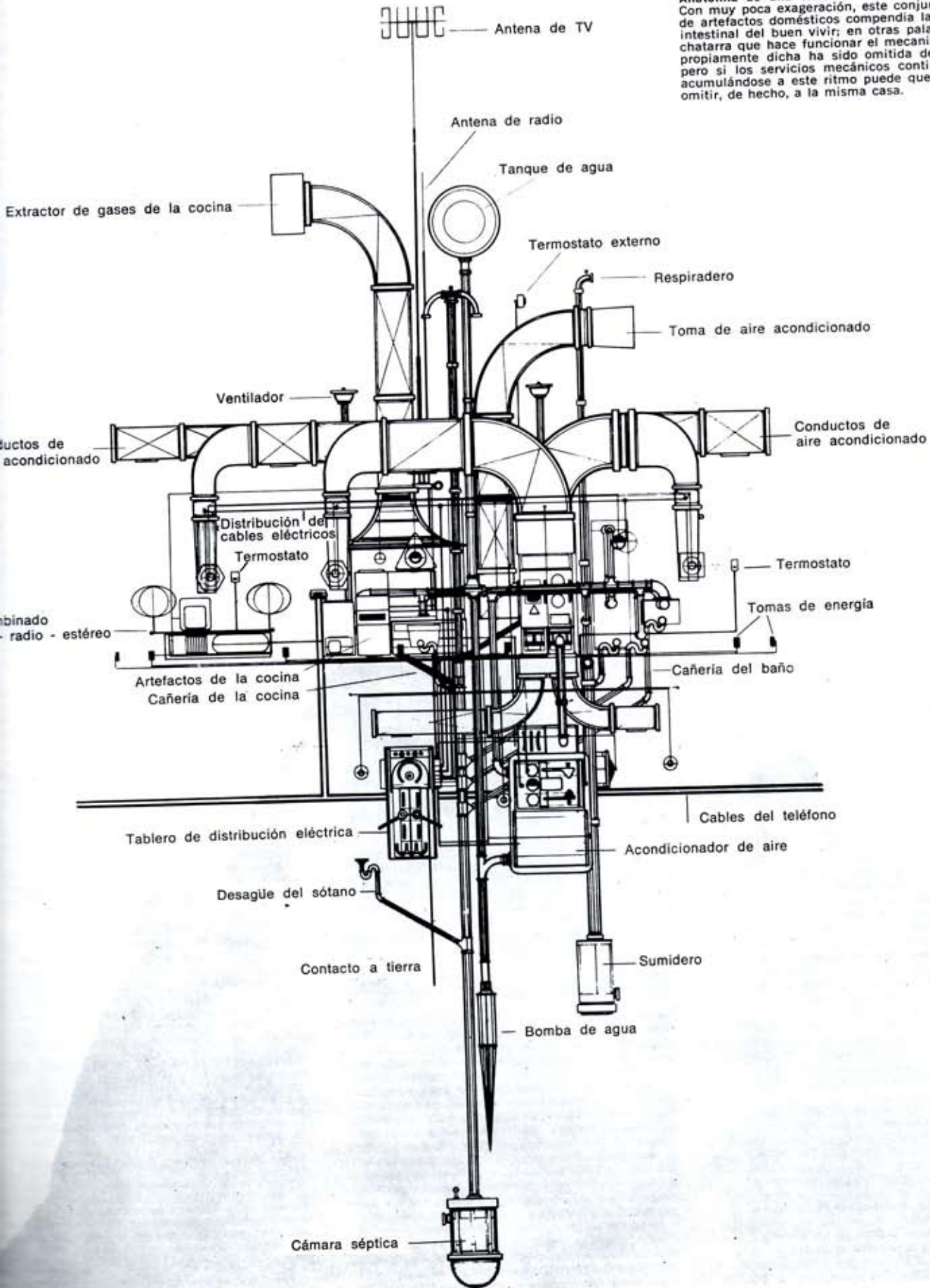
En la actualidad, los amplios espacios unitarios envueltos en endebles cascarones deben ser iluminados y calefaccionados en forma completamente distinta y más generosa que los interiores cubiculares de la tradición europea a través de los cuales cristalizó el concepto de arquitectura doméstica. Y desde el comienzo, partiendo de la estufa Franklin y de la lámpara de kercsene, el interior norteamericano tuvo que estar mejor servido, ya que pretendía sustentar una cultura civilizada. Esta es una de las razones por las cuales los Estados Unidos crearon el fundamento compulsivo de los servicios mecánicos en los edificios, a tal punto que, si en alguna parte hubiera que considerar a los servicios mecánicos como una amenaza contra la arquitectura, ese lugar tendría que ser Norteamérica.

«El plomero es el comisario ordenador de la cultura norteamericana», escribió Adolf Loos, padre de todas las trivialidades europeas expresadas con referencia a la superioridad de la plomería estadounidense. Loos sabía bien lo que decía. Su corta visita a los Estados Unidos a fines del siglo pasado lo convenció de que las notables virtudes del 'american way of life' estaban constituidas por su falta de etiqueta (no era necesario usar sombrero de copa para visitar a las autoridades locales) y por su pulcritud, hechos que no podían pasar desapercibidos para un vienés como él, lleno de compulsiones freudianas. Esa obsesión por la limpieza (que puede llegar a ser uno de los más profundos absurdos de una cultura norteamericana que aspira 'liso' y se enjuga con 'Kleenex') fue otro de los motivos psicológicos que condujeron a la nación al uso de los servicios mecánicos. Las primeras justificaciones para la utilización del aire acondicionado no estaban basadas precisamente en el hecho de que la gente tenía que respirar: Konrad Meier, en su obra 'Reflexiones sobre la calefacción y la ventilación', de 1904, escribió remilgadamente que 'la excesiva cantidad de vapor de agua, los malos olores provenientes de los órganos respiratorios, los dientes sin cepillar, la transpiración, las ropas desprolijas, la presencia de microbios debida a condiciones diversas, el aire enrarecido por el polvo de alfombras y cortinados provocan las mayores incomodidades y son causa de mala salud'.

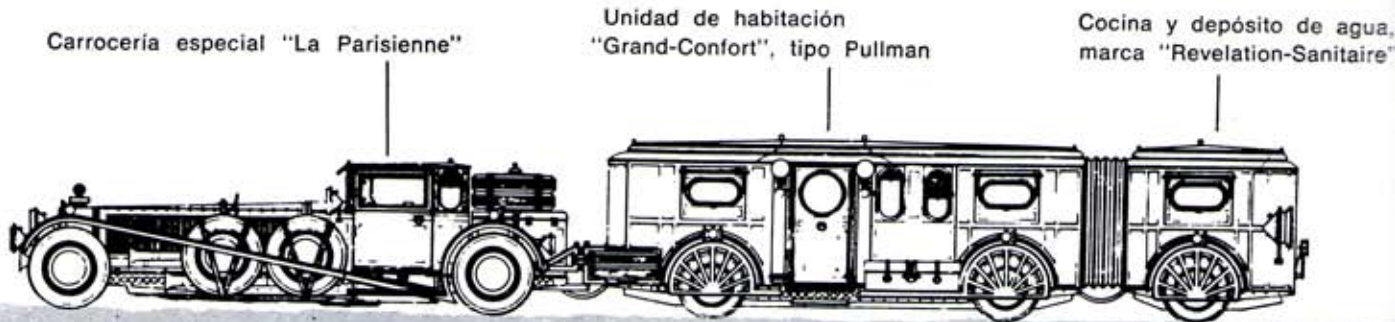
(Ahora vaya, tómese un baño y vuelva para leer el próximo párrafo).

La mayoría de los precursores en materia de aire acondicionado parecen haber estado obsesionados por la idea de que hasta sus mejores amigos podían forzarlos a revelar a los Estados Unidos la existencia de un 'mal olor' nacional, y ello condujo a que, de inmediato y compulsivamente, todos los vendedores sin excepción recetaran su propia panacea para ventilar ese tufo. En algún lugar dentro de toda esta baránda de conceptos —limpieza, estructuras livianas, servicios mecánicos, informalidad e indiferencia hacia los valores arquitectónicos monumentales, pasión por los exteriores— siempre me pareció que acechaba un concepto rector que evasivamente nunca llegó.

Anatomía de una vivienda
 Con muy poca exageración, este conjunto barroco de artefactos domésticos compendia la complejidad intestinal del buen vivir; en otras palabras, es la chatarra que hace funcionar el mecanismo. La casa propiamente dicha ha sido omitida del dibujo, pero si los servicios mecánicos continúan acumulándose a este ritmo puede que sea posible omitir, de hecho, a la misma casa.



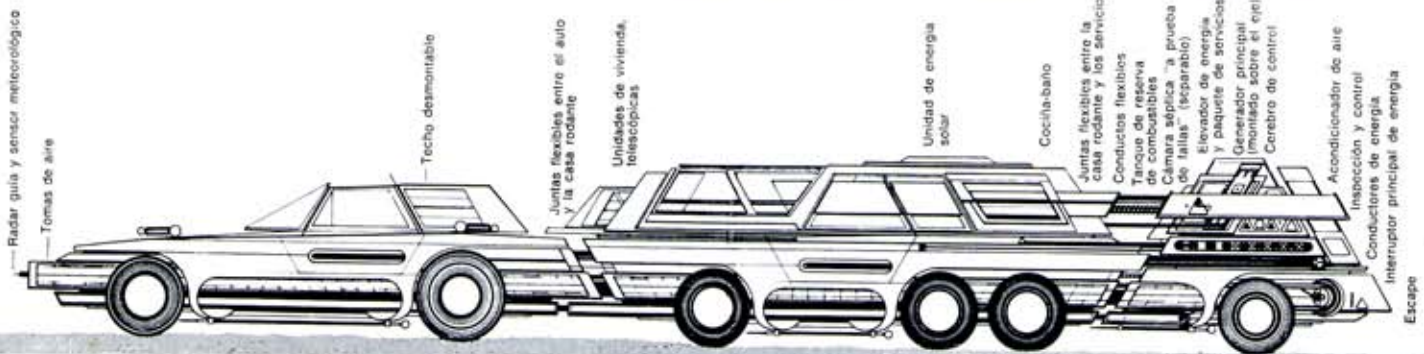
Super-coupe de fin de semana, 1927



Señor de los caminos GTO 2-2 equipado con acople trasero.

Casa rodante transcontinental ampliable.

Unidad de servicios



a precisarse. Finalmente, en junio de 1964, este concepto se me hizo claro y legible en circunstancias curiosamente apropiadas y sintomáticas.

Estaba parado, con el agua llegándome hasta el peludo pecho, filmando películas en la playa del campus de Southern Illinois (yo también experimento, igual que la NASA, el placer de llevar costosos aparatos a lugares inhóspitos). Esta playa combina el espacio exterior con la limpieza de una manera típicamente americana. Panorámicamente hablando, se trata del mismo v.ejo charco de Huckleberry Finn, pero esta vez no sólo se encuentra adecuadamente vigilado (por estudiantes de los primeros años que hacen las veces de salvavidas, sentados en sillas de Eames sostenidas sobre el agua por medio de postes), sino que también está clorado. Desde el sitio donde me encontraba podía ver tanto las parrillas familiares y los picnics que se iban organizando sobre la arena esterilizada, como también la entrelazada trama de una de las cúpulas experimentales de Buckminster Fuller que aparecía a través y por encima de los árboles.

Y repentinamente se me ocurrió que si la desaseada Madre Natura pudiera ser mantenida bajo un apropiado grado de control (incluyendo el sexo y excluyendo los estreptococos), los Estados Unidos, con toda felicidad, prescindirían por completo de la arquitectura y de los edificios.

Naturalmente, Bucky Fuller se muestra muy grandilocuente con respecto a este planteo. Su famosa pregunta no-retórica: '¿Señora, sabe Ud. cuánto pesa su casa?' trasluce una sospecha subversiva por lo monumental. Esta sospecha es inconscientemente compartida por los miles de norteamericanos que ya se han quitado de encima el peso muerto de la arquitectura doméstica y viven en casas móviles que, aunque en realidad no se mueven de un lugar a otro, brindan como albergue un servicio mejor que el de las estructuras aferradas a tierra que cuestan por lo menos el triple y pesan diez veces más. Si alguien

fuera capaz de diseñar un paquete unitario que verdaderamente pudiera liberar a la casa móvil de los bamboleantes cables de electricidad, de los recipientes de gas envasado inseguramente apilados sobre alguna caja y de las casi innumerales instalaciones sanitarias condenadas a conectarse al sistema cloacal principal, sólo entonces notaríamos realmente algunos cambios. Puede que esto no esté de todos modos tan lejano; es posible que muy pronto los sistemas de defensa hagan que la tecnología empleada para la conquista del espacio aéreo se prolongue con velocidad creciente en nuevas direcciones y que esa especie de talento para la miniaturización, aplicado a crear un paquete autosuficiente y regenerativo, capaz de satisfacer las exigencias de un alto standard de vida y de adosarse a una casa rodante, sea capaz de producir una especie de unidad 'U' (Utilitaria) que podría ser recogida o dejada en depósitos distribuidos a lo largo del país. 'Avis' todavía podría llegar a ser la primer empresa de servicios 'U-tilitarios', aun cuando tuviera que seguir ocupando un modesto segundo lugar en cuanto al alquiler de automóviles.

De aquí podría surgir una revolución doméstica al lado de la cual la arquitectura moderna se vería como 'Kiddibrix', ya que se podría llegar inclusive a prescindir de la casa rodante. Como tantas otras invenciones refinadas, un 'paquete unitario para un alto standard de vida' (la frase y el concepto pertenecen a Bucky Fuller) que realmente funcionara podría hacer que el hombre, a pesar de su compleja cultura, volviera a acercarse a la naturaleza (en forma muy similar a lo que significó el reemplazo del sistema telegráfico Morse por el teléfono de Bell, que restauró el poder del habla por doquier). El hombre inició su control del entorno bajo dos formas básicas: una, guareciéndose bajo una roca, un árbol, una carpa o un techo (en última instancia, esto es lo que condujo hacia la arquitectura tal como la conocemos); la otra, modificando el clima total, generalmente por medio de fogatas, lo cual, resuelto de una manera más refinada, nos

Super-coupe para un largo fin de semana, 1927

Dallegrè produjo este capricho histórico perteneciente a la Primera Era de la Máquina mucho antes de que el presente artículo fuese pensado. Según la moda de la época, los servicios se ubicaron exteriormente, y separados, en lugar de formar un todo mecánico.

Señor de los caminos GTO transcontinental

La casa móvil actual es un revoltijo, tanto en su aspecto visual y mecánico como en su relación con la infraestructura permanente de la civilización. Pero si se la pudiera hacer más compacta y móvil además de liberarla de su dependencia a los servicios estáticos, la casa rodante podría cumplir su promesa de poner a una nación sobre ruedas. El tipo de conjunto utilitario móvil que se sugiere aquí no existe todavía, pero no pasará mucho tiempo sin que su atractivo estilo despierte toda clase de sugerencias.

conduciría al tipo de situación que estamos comentando. A diferencia del espacio-vivienda que nuestros antepasados lograron apresar bajo una roca o un techo, el espacio que rodea la fogata de un campamento posee cualidades únicas que la arquitectura no puede tener la esperanza de igualar. Entre ellas se cuentan, principalmente, su libertad y su variación.

La dirección y la fuerza del viento son las que decidirán las dimensiones y la forma de ese espacio; el área de calor tolerable se extenderá en un largo óvalo, mientras que la cantidad de luz no se verá afectada por el viento. De este modo, el área de iluminación constituirá un círculo, sobrepuesto al óvalo de calor. Tendremos entonces a nuestra disposición una variedad de elecciones ambientales contrapesando la luz y el calor de acuerdo con nuestras necesidades e intereses. De manera que si uno quiere realizar una tarea minuciosa, como por ejemplo reducir un cráneo humano a su tamaño mínimo, uno va y se sienta en un lugar determinado; mientras que si uno quiere dormir, simplemente se arrellana en otro lugar. Del mismo modo, el fluctuante juego de la taba se acomodaría a un ámbito completamente distinto al empleado para las reuniones del comité encargado de los ritos de iniciación... y todo esto sería requebueno si las fogatas de campaña no fueran tan perecederamente ineficientes, indignas de confianza, productoras de humareda y todo lo demás.

Pero 'un paquete unitario para un alto standard de vida' diseñado en forma adecuada, que aspire aire caliente a ras del suelo (en lugar de aspirar frío como sucede con las fogatas de campaña), que irradian luz suave y la voz de Dionne Warwick en confortante estéreo, con un suculento banquete de proteínas girando en el resplandor infrarrojo del pimiento y una heladera que expectore discretamente cubitos de hielo dentro de los vasos dispuestos en el bar giratorio, eso sí que bastaría para equipar un claro del bosque o una roca al borde de un riachuelo, algo que 'Playboy' nunca podría hacer con su piso de soltero. ¿Pero cómo se las va a arreglar uno para transportar este conglomerado de tecnología moderna hasta el borde del arroyo? En realidad el problema no es tan grave. Por ejemplo, los requerimientos espaciales han producido verdaderos prodigios tecnológicos, como los diminutos transistores para refrigeración que existen en la actualidad. Si vamos al caso, dichos transistores todavía no han llegado a arrasar totalmente con el calor, pero de todos modos, ¿qué piensa usted hacer en un claro del bosque? ¿Piensa acaso congelar un novillo entero? Tampoco va a ser necesario manipular ese 'paquete unitario': el paquete podría flotar sobre un colchón de aire (proveniente de su propia producción de aire acondicionado, por ejemplo), del mismo modo que un 'hovercraft' o una aspiradora doméstica.

Todo esto consumirá una buena porción de energía, aun estando transistorizado. Pero se debe tener presente que son pocos los norteamericanos que se mantienen constantemente alejados de una fuente de energía capaz de producir entre 100 y 400 HP, como es el automóvil. Las baterías del automóvil y unos buenos metros de cable podrían con toda probabilidad lograr que el 'paquete unitario' en cuestión exhalara cálidos vapores de bourbon sobre este paradisíaco edén mucho antes de que lleguen a emplearse las transmisiones de energía por microonda o las plantas de energía atómica en miniatura. El automóvil constituye ya no sólo una de las armas más poderosas dentro del arsenal de artefactos ambientales de los Estados Unidos, sino también un componente esencial de ese antídoto no-arquitectónico, familiar a la mayor parte de la nación, que es la sala cinematográfica para automovilistas. Sólo que la palabra 'sala' es una denominación evidentemente inapropiada, ya que se trata simplemente de una extensión de terreno llano donde la compañía operadora ofrece imágenes y sonidos envasados; el resto de la situación se desliza sobre ruedas. Uno trae consigo, como parte del automóvil, su propia

butaca, su equipo de calefacción y su albergue. También trae Coca-Cola, galletitas, toallas Kieenex, Chesterfields, ropa de repuestos, zapatos, la Pildora y todo lo que se le ocurra o de lo cual no le provean en Radio City.

En resumen, el automóvil está ya realizando una buena parte de las funciones del 'paquete unitario para un alto standard de vida': por ejemplo, el salón de baile en medio del desierto, creado por la pareja acaramelada que baila al son de la música de radio de su convertible estacionado a un costado del camino (salón de baile brindado naturalmente por cortesía del Departamento de Autorrutas). Este salón resulta paradisíaco hasta que comienza a llover. Pero aún así uno no estaría derrotado; con una mínima presión podría inflar una cúpula Mylar de plástico transparente, gracias a la provisión de aire acondicionado del 'paquete unitario' móvil; la misma cúpula, plegada como un equipo de paracaídas, podría formar parte del 'paquete'. Desde el interior de ese cálido y seco *lebensraum* hemisférico de nueve metros cuadrados de extensión, uno podría gozar en primera fila del maravilloso espectáculo del viento derribando árboles, de la nieve arremolinándose en el claro del bosque, del incendio forestal lamando la colina, o de Constance Chatterly corriendo velozmente bajo una cortina de lluvia torrencial hacia los brazos de vaya uno a saber quién.

Pero... indudablemente esto no es un hogar; uno no podría criar una familia dentro de una bolsa de polietileno, ¿no es verdad? Este artefacto nunca podrá reemplazar al tradicional rancho de estilo americano que se levanta orgullosamente en tres niveles dentro de un terreno que cuenta con cinco arbustos mustios, flanqueados por un lado por un rancho de tres niveles con seis arbustos, y por el otro por un rancho de tres niveles con cuatro niños pequeños y un tacho de basura. Si los innumerables norteamericanos que están criando exitosamente hermosos niños en casas rodantes me excusan un momento, tendría unas cuantas sugerencias que hacer a los aún más innumerables norteamericanos que se sienten tan inseguros como para tener que esconderse dentro de fraudulentos monumentos de 'permastone' y techo instantáneo. Es cierto que resulta mucho más cómodo pisar sobre una cálida y amplia alfombra colocada sobre un suelo firme que hacerlo sobre agujas de pino y hiedra venenosa. En los Estados Unidos, los primeros constructores de casas reconocieron intuitivamente este hecho levantando sus chimeneas de ladrillo sobre un piso formado por una plancha del mismo material. Ahora bien, una cúpula inflada transparente podría ser fijada a una plancha similar tan fácilmente como se puede fijar a tierra una estructura de madera; de este modo el 'paquete unitario' podría funcionar diligentemente ubicado en el hueco de una especie de glorioso asador excavado en el centro de la plancha. Pero una cúpula aérea no es el lugar más apropiado para que las criaturas o un enloquecido 'gran-comedor-de-calabazas' (cuco de los chicos en los EE.UU.) puedan entrar y salir corriendo cuando se les dé la gana; créanme, la lucha para tratar de ganar la salida desde el interior de una cúpula inflada, si uno se equivoca en el primer intento, puede llegar a ser más ardua que la que se entabla cuando uno trata de salir de abajo de una carpa derrumbada y empapada por la lluvia.

Pero la relación entre el equipo de servicios y la plancha que hace las veces de piso podría adaptarse para superar esta dificultad: la totalidad del 'paquete unitario' (o la mayor parte del mismo) podría desplegarse dentro de una membrana protectora que se mantuviera flotando por encima del piso, irradiando hacia abajo calor, luz y vaya a saber qué más, y dejando la superficie totalmente libre para permitir egresos al azar y, supongo, igualmente casuales ingresos. Ese alocado sueño moderno del movimiento con interpenetración de interiores y exteriores, podría por fin llegar a hacerse real suprimiendo las puertas. Técnicamente sería posible hacer que la membrana productora de energía flotara literalmente en el espacio a la manera de los helicópteros. Pero cualquiera que haya experimentado el efecto que

produce un helicóptero suspendido a escasa distancia del suelo sabrá que esta solución tiene poco de recomendable, excepto por el hecho de que permite deshacerse en forma instantánea de los papeles de desecho: el ruido, el consumo de energía y la incomodidad física resultarían realmente enloquecedores. Pero si la membrana productora de energía pudiera ubicarse sobre una columna o sobre un par de ellas, o aun encima de un cuarto de baño construido con ladrillos, nos encontraríamos frente a lo que todavía resulta técnicamente posible realizar, antes de que la Gran Sociedad siga envejeciendo.

La proposición básica consiste simplemente en insuflar, mediante la membrana productora de energía, una cortina de aire acondicionado (caliente o frío), en el sector de la no-casa correspondiente al lado que mira hacia el viento, y dejar que las condiciones atmosféricas circundantes floten libremente dentro del resto del espacio, cuya relación con la membrana superior, por otra parte, no tiene por qué ser una relación necesariamente biunívoca. La membrana tendría que exceder probablemente los límites de la plancha del piso, para evitar que penetrara la lluvia, aun cuando la cortina de aire acondicionado, activa precisamente sobre el lado en que golpea la lluvia, tendería a evaporarla a medida que cae. La distribución de la cortina de aire estará controlada por medio de sensores electrónicos, como así también por ese nuevo e infalible invento que se llama veleta. Para cuando el tiempo sea realmente malo, deberá contarse con postigones automáticos, pero para todos los casos, menos para aquellos en que el clima sea terriblemente inconstante, debería ser posible diseñar un equipo de acondicionamiento que pudiera controlar la mayor parte de las variaciones atmosféricas sin que por ello el consumo de energía creciera desmesuradamente por encima de lo requerido por una común e ineficiente casa de tipo monumental.

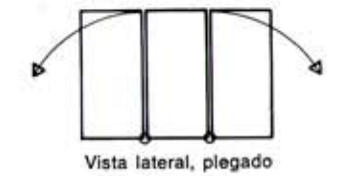
Como es obvio, dicho consumo sería apreciablemente superior, pero toda esta argumentación se funda sobre la premisa de que, a diferencia de las culturas campesinas del viejo mundo, el 'american way' significa gastar dinero en servicios y mantenimiento más que en estructuras permanentes. De cualquier modo, no sabemos en qué estado nos encontraremos en la próxima década con cosas tales como la energía solar. Para cualquiera que desee visualizar en forma completamente gratuita una posible perspectiva de lo que ofrecerá el aire acondicionado, permítaseme recomendar el artículo 'Shortstack' (que describe otro ingenioso artificio realizado con un tubo de polietileno) aparecido en la edición de diciembre de 1964 de la revista *Analog*. De hecho, un buen número de objeciones que con obvio sentido común se plantean a la no-casa pueden desvanecerse por sí mismas. Por ejemplo, el ruido puede dejar de constituir un problema, puesto que no existirían paredes para reflejarlo nuevamente dentro del espacio habitable, y en todo caso el constante susurro de la cortina de aire proveería un apreciable umbral de sonoridad contra el cual tendrían que chocar los ruidos exteriores antes de llegar a ser inteligibles y, por lo tanto, molestos. ¿Bichos? ¿Alimañas? En el verano la situación no sería peor que en una casa común con las puertas y ventanas abiertas; mientras que en invierno todas las criaturas que poseen un mínimo de sentido común hibernan o emigran. Pero, de todo modos, ¿por qué no fomentar los procesos normales de la competencia darwiniana para que uno pueda aclarar la situación personalmente? Todo lo que se requeriría para iniciar el proceso sería utilizar un cebo o señuelo apto para todo uso; éste emitiría llamadas de amor y aromas 'sexy' que atraerían a toda clase de rapaces y víctimas, mutuamente incompatibles, hacia una compacta concentración de atroz carnicería. Una cámara de televisión de circuito cerrado podría retransmitir el estado de la acción a una pantalla colocada en el interior de la vivienda y suministrar así un programa continuo de 24 horas que haría aparecer a los 'ratings' de Bonanza como simples niñerías.

¿Y la privacidad? En los Estados Unidos éste parece ser tanto más un concepto nominal que

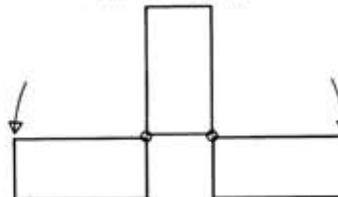
'Paquete unitario transportable para un alto standard de vida'

Para el hombre que lo tiene todo, un 'paquete unitario como éste sería la última conquista: el poder de imponer su voluntad en cualquier lugar en que se encuentre; gozar de la libertad de espacio del nómada, s.n el olor, el humo, las cenizas y todo lo demás; experimentar los lujos de la vida sedentaria sin los impedimentos propios de la vivienda permanente.

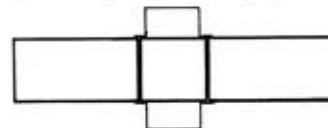
Hasta el momento no se ha descubierto ningún dispositivo mecánico que evite mojarse cuando llueve. Será necesario entonces proveer a la unidad de algún tipo de paraguas para esa emergencia, que bien podría ser una cúpula de plástico, inflada con el aire acondicionado proveniente de la misma unidad.



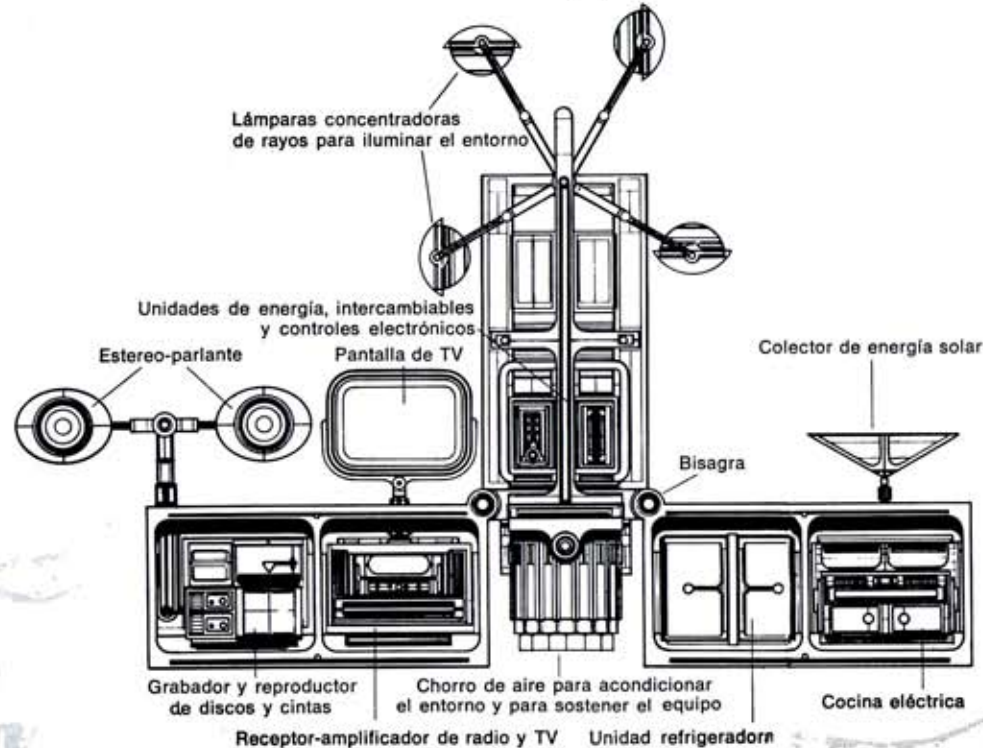
Vista lateral, plegado



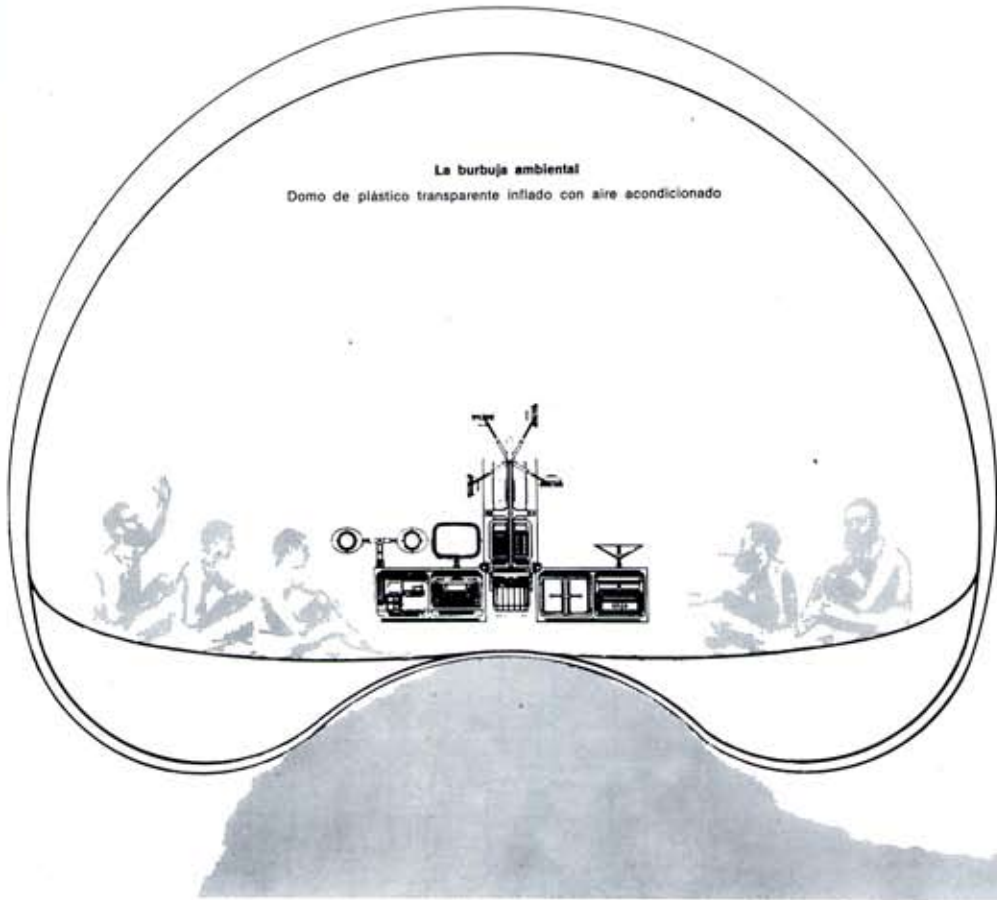
Unidades principales, desplegables



Planta desplegada



La burbuja ambiental
Domo de plástico transparente inflado con aire acondicionado



efectivamente vivido, que resulta difícil creer que alguien se preocupe al respecto. Bajo las condiciones de vida suburbana que implica toda esta argumentación, la respuesta es la misma que para las casas de vidrio que los arquitectos de hace una década diseñaron con tanto empeño, aunque dentro de un panorama más sofisticado. Este país, después de todo, es la tierra natal de la topadora y del trasplante de árboles adultos; ¿por qué dejar entonces que sólo el Comisionado de Parques goce de toda la diversión?

Como ya dijimos, nuestra argumentación está referida a los suburbios que, para mejor o para peor, son el lugar donde los norteamericanos quieren vivir. No tiene nada que plantear, en cambio, con respecto a la ciudad, que lo mismo que la arquitectura, constituye un inseguro brote foráneo dentro del continente. Lo que aquí está en discusión es una prolongación del sueño jeffersoniano —más allá del sentimentalismo agrario de Frank Lloyd Wright en su versión Broadacre/Usonian—, el sueño de la buena vida en la limpia campiña, de la vida en una heredad llena de bocas proveedoras de energía, dentro de un paradisíaco jardín de artefactos. Este sueño de la no-casa puede sonar muy antiarquitectónico, pero lo es sólo en cierto grado; es una arquitectura desprovista de sus raíces europeas, pero que, tratando de echar nuevas raíces en terreno foráneo, ya se ha acercado un par de veces a la idea de la anti-casa. Wright no bromeaba cuando hablaba de la 'destrucción de la caja', aun cuando la promesa espacial de la frase es raramente comprendida en su plenitud frente a hechos demasiado reales. Los arquitectos de origen popular, de las planicies, tales como Bruce Goff y Herb Greene, han creado casas cuya supuesta forma monumental no invalida fundamentalmente el hecho funcional de vivir dentro y alrededor de ellas.

Pero es precisamente en un edificio determinado, que a primera vista parece nada más que una forma monumental, donde la amenaza o promesa de la no-casa se ha mostrado más claramente; se

trata de la Casa Johnson en New Canaan. Tanto ha sido dicho, equivocadamente, aun por el mismo Philip Johnson para probar que este edificio es una obra arquitectónica a la manera europea, que a menudo se pasan por alto sus muchos aspectos típicamente americanos. Sin embargo, después que uno ha hurgado profundamente en todo el material erudito referente a Ledoux, a Malevitch y a Palladio, y en los innumerables artículos publicados sobre el tema, aparece una fuente o prototipo muy sugestivo y que no ha sido fácilmente explicado: la admitida persistencia en la mente de Johnson de la imagen visual del incendiado predio de Nueva Inglaterra, de los insustanciales paramentos de las casas consumidas por el fuego, que sólo dejan en pie las planchas de ladrillos que forman el piso y las chimeneas. En esencia, la casa de vidrio de New Canaan consiste justamente en estos dos elementos: un piso formado por una plancha de ladrillos calefaccionada, y un elemento vertical que es chimenea/hogar por un lado y cuarto de baño por el otro.

Precisamente alrededor de una idea similar se despliega esa cáscara insustancial que Conklin estaba comentando, aunque debe señalarse que esta construcción es aún menos sustancial que aquélla. Su techo es ciertamente sólido, pero, psicológicamente, el factor dominante es la ausencia de un cerramiento visual. Como lo han testimoniado muchos visitantes, la casa no termina en el vidrio, sino que la terraza, y aun los árboles que se encuentran más lejos, forman parte visual del espacio habitable en invierno y parte operativa y física en verano, cuando las cuatro puertas están abiertas. La 'casa' es poco más que una concentración de diversos servicios, encastrados en el espacio infinito, o, alternativamente, un punto techado que se abre en todas direcciones hacia el Gran Más Allá. En verano, ciertamente, el vidrio hubiera tenido poco sentido si los árboles no le hubieran proporcionado sombra; y en el pasado otoño, que fue muy caluroso, el sol que se filtraba a través de los árboles desnudos creaba un clima tal de

invernadero que algunas zonas resultaban verdaderamente incómodas; la casa hubiera estado mucho mejor sin sus paredes de vidrio.

Cuando Phillip Johnson afirma que su casa no es un entorno controlado, no son estos aspectos de asoleamiento indisciplinado los que tiene in mente; pero sin embargo dice: 'cuando hace frío debo acercarme al fuego, y cuando hace mucho calor simplemente me alejo'. De hecho, Johnson está simplemente explotando el fenómeno de la fogata de campaña (también pretende hacer creer que la calefacción del piso no contribuye a hacer habitable el área total, aunque lo hace). Y, de todos modos, ¿qué quiere decir cuando habla de un entorno controlado? Un entorno controlado no significa lo mismo que un entorno uniforme. Se trata simplemente de un entorno adaptado a lo que uno va a hacer, ya sea que uno construya un monumento, se aleje del fuego, o ponga en funcionamiento el aire acondicionado. En definitiva, lo que uno está realizando es siempre el mismo gesto humano básico.

Sólo que el monumento es una solución tan tediosa que me asombra que los norteamericanos estén aún dispuestos a emplearla, a menos que lo hagan por un profundo sentido de inseguridad o por una persistente incapacidad de liberarse de esos hábitos mentales que dejaron escapar a Europa. En una sociedad que se maneja a cara descubierta, con gran movilidad social y personal, con intenso intercambio de individuos y elementos, con artefactos de toda clase y con una casi universal capacidad de gastar, la persistencia de una arquitectura concebida como espacio monumental debe verse como la expresión del sentimentalismo de los fuertes.